



LA EDUCACION EN NUESTRA PROVINCIA

Cuando por fuerza de las circunstancias, las familias provincianas que han vivido en un ambiente humilde de trabajo y privaciones consideran, después de dar a los hijos la obligada educación de las escuelas rurales, que con haberles dado a sus chicos esos rudimentarios conocimientos ya cumplieron con su deber, cometen un grave error en perjuicio de sus hijos.

Consideran equivocadamente que una vez que sus hijos han terminado su primaria, su deber es arrancarlos de todo estudio para entregarlos a la tierra, al taller o al mostrador; a algo práctico para que ayuden a la casa; a algo que los enseñe a ganarse la vida para que se hagan hombres de provecho. Porque lo demás es “perder el tiempo”.

Como si los trabajos de un profesionista, ingeniero, médico, abogado, no fueran prácticos y de provecho; o como si en las carreras universitarias el hombre perdiera su tiempo y no fueran sus nobles esfuerzos, benéficos para la sociedad a quien sirve. No, la cruda verdad es que muchos padres sacrifican a sus hijos en provecho propio inmediato, cerrándoles ellos mismos las puertas de las aulas para obligarlos a trabajar como gañanes o empleados en sus propios negocios porque ésto les significa una economía de mano de obra barata.

Grave falta de incalculables males que los hijos sufrirían toda su existencia sin tener ellos la menor culpa. En primer lugar porque siendo muy tiernos se les empuja a desempeñar trabajos rudos, impropios de sus pocos años, y, de consiguiente, perjudiciales para su desarrollo físico y su salud que puede quebrantárseles para el resto de sus días; y, en segundo lugar, porque las mentes de esas

criaturas quedarán sumergidas para siempre en la más desoladora ignorancia.

No, es preciso recalcarlo, la obligación de los padres es la de perseverar en el propósito de que sus hijos continúen sus estudios extendiéndolos a la enseñanza secundaria.

* * *

Los horizontes que ofrece a la juventud la enseñanza superior, no tienen límites porque la cultura no los tiene, es tan vasta como el infinito, por eso puede dar al hombre la felicidad que armonice con su esperanza y su temperamento.

Pero para ser feliz con la cultura es preciso amarla, interesarse por aprender más y más; tener la inquietud del conocimiento para gozar después con cada novedad que el espíritu descubre. Y así, amando el estudio por el estudio mismo, el escolar va acumulando dichas, acrecentando unas y atesorando nuevas, cada vez que reafirma lo que sabía o aprende cosas que ignoraba.

El que estudia no más por obligación pero no con el ánimo de saber sino con el propósito de salir del paso, logrará una endeble cultura y no encontrará en el libro ni en el maestro los amigos deleitables y útiles que serían para él, si quisiera aprovecharlos.

Aun en este caso, que en la vida estudiantil es frecuente, los padres deben insistir en que sus muchachos continúen sus estudios porque muchas ocasiones esa falta de interés en la cotidiana labor intelectual, es pasajera, y obedece a la complicada acumulación de sentimientos pasionales y deseos anárquicos que mantienen el alma de los jóvenes en constante ebullición y preocupaciones que ellos mismos consideran muy graves y trascendentes en su vida. Y entonces, padres y maestros ante esas crisis que constituyen positivas enfermedades psicológicas de la edad jocunda, habrán de observar una conducta comprensiva y perdonadora, confiando en que siempre pasarán esos problemas individuales que son tan humanos y tan propios de la muchachez.

Pero, si a pesar de la paciencia y la blandura de los padres y la humanitaria generosidad de los profesores, el estudiante persiste en su despego por la escuela; en su desamor por los libros y la cátedra, manifiesta a las claras, por lo que expresa y lo que hace,

una decisión marcada y resoluta de abandonar los estudios para dedicarse a otra clase de trabajo, como el de la tierra, el mar, la fábrica o el comercio en sus mil senderos y variedades; entonces habrá llegado el momento de dejar en libertad a los jóvenes para que sigan su camino en la actividad que más les cuadre.

En una palabra, lo importante para los padres es que sus hijos no “falsifiquen su vida”, que sean lo que quieran ser ellos mismos, y no lo que sus padres quieren que sean, porque así pondrán al servicio de su propio destino un gran amor en su trabajo, el que fuere; un brioso anhelo de triunfo y, sobre todas esas cosas, una fe en sí mismo que es la palanca prepotente que eleva al hombre a donde quiera llegar.

(*¡Pueblecito mío!* Cuadernos del Estado de México. Toluca, Méx., 1958).